

ENTRE DOS FUEGOS

*Lloras zumo de limón
agrio de espera y de boca.*
Federico García Lorca

Dio un respingo, y también un codazo que se quebró en las costillas de la almohada. Pensó que la almohada se burló de su falta de puntería, y en el momento de abandonar la cama, totalmente enloquecido, le cruzó la cara a la novia silenciosa. Se le torcieron los dedos. Se hizo daño. Mucho daño. Cuando terminó de vestirse, todavía le torturaba la mano agresora, una mano cobarde, hinchada, loca de confusiones y remordimientos.

El novio se acercó a la cabecera de la cama. Su rostro se enternecía en el arrepentimiento. La novia relajó sus lágrimas silenciosas, con la confianza de que el novio se inclinaría para besarla y pedirle disculpas. No fue así. El novio se le aproximó, la insultó, la escupió, le lanzó una voz desorientada.

—¡Sabía que eras una puta! ¡Ya no sé qué hacer!

Se marchó. Cerró la puerta con tanto fervor que se cimbrearon los cimientos del piso degradado. Desapareció un hombre caótico, dejando una semilla áspera de silencio con muchos relieves de congoja.

El hombre deambuló por la tarde de aguanieve, sin acordarse de bajar a la estación. Paseó sus treinta años des-

bordados y sus lágrimas, muchas lágrimas ensordecedoras que escandalizaron a las personas que se volvían.

A los lejos, muy a lo lejos, el horizonte y el aire arrastraron la dilatada y forzada figura de un tren que se perdía. El tiempo dio una vuelta de tuerca, muy parsimoniosa, a sus indelebles agujeros negros.

La novia, en la cama, inmóvil, miraba el techo blanco. Pretendía dar una vuelta de tuerca a sus emociones. No lo conseguía. La soledad, tan pacífica, la arropaba con su aliento cálido. En un principio sintió una brasa muy grande que le hervía en el mentón. Luego, cuando se le apaciguaba la ardentía, reparó en que unas gotas resbalaban por sus costados desde el vientre. Se trataba del semen, muy frío ya, del hombre de las demencias. La novia lo deshizo con sus manos. Le dio la sensación de que estrujaba el alma del hombre que la atormentaba. Muchos cortes de hielo se le encresparon en la sangre.

A la novia le dolía la boca porque el hombre, a veces, no contenía sus ímpetus y le mordía los labios sabrosos. A la novia le escocían los brazos porque en ellos serpenteaban laberínticos caminitos de rasguños. A la novia le florecían en las piernas redondeles morados, a causa de unas manos hambrientas, insaciables. A la novia le centelleaban sus ojos verdes porque las lágrimas se le acumulaban sin que llegaran a romperse. La oscuridad azuleaba en el techo. La noche húmeda lamía los cristales de las ventanas, mientras la pena, cada vez más negra, braceaba manchada de rojos intensos por las más escondidas arterias de la novia en desdicha.

A lo lejos, muy a lo lejos, el horizonte y el aire arrastraron el esporádico haz de luz del nuevo tren que se perdía. El tiempo, que aprisiona los nervios del mundo, apretó su